

## Reseñas

BONAVIA, Duccio: *Precerámico peruano. Los Gavilanes. Mar, desierto y oasis en la historia del hombre*. Corporación Financiera de Desarrollo, S. A. Lima, 1982, XXI + 512 pp. y 213 ilustraciones.

El sugerente subtítulo de *Mar, desierto y oasis en la historia del hombre*, unido al atractivo diseño editorial, pueden inducir a pensar al posible lector que se encuentra ante una obra divulgativa o de generalización. No es así, *Los Gavilanes* es una espléndida monografía del yacimiento peruano de este nombre, repleta de datos e información y con unas conclusiones amplia y meticulosamente debatidas.

La investigación en torno a este sitio ha sufrido una serie de avatares, responsables de que hasta estas fechas no hayamos podido disponer de un informe completo de unos trabajos que comenzaron a principios de los sesenta. Fue la problemática del maíz la que suscitó el primer interés por la arqueología de esta zona costera del Valle del Huarmey, y por este yacimiento en concreto. Interés que culminó en el desarrollo del *Proyecto Arqueológico Huarmey*, cuyos resultados nos presenta ahora su director, y lo hace acompañado de un gran equipo de especialistas en diversos campos que convierten este libro en un magnífico ejemplo de lo fructífero de la labor interdisciplinaria cuando está debidamente coordinada.

El texto se organiza en 15 capítulos, de los que 12 de ellos están encaminados a poner al lector en conocimiento de toda la información que el autor dispone: historia, situación, descripción y trabajos efectuados en el yacimiento, fechado, estudio de los diversos materiales, restos botánicos y animales, paleoescatología y otros yacimientos, para llegar a establecer las conclusiones, que el autor pre-

senta en forma de discusión y que componen el capítulo 13, el más voluminoso del libro, al que siguen un apéndice con el inventario de todos los yacimientos arqueológicos localizados en el Valle de Huar-mey (cp. 14), una bibliografía y un índice analítico (cap. 15). La documentación viene complementada por 99 fotografías, 64 dibujos, 26 cuadros, 14 planos, 7 mapas y 3 gráficos.

El yacimiento de Los Gavilanes está constituido por un sistema organizado en depósitos de granos correspondientes a la Epoca Pre-cerámica. Este sistema lo componen 47 hoyos, más o menos cónicos, con volúmenes que oscilan entre 1 y 175 metros cúbicos. La técnica de construcción consiste en un muro seco de piedras irregulares que posteriormente se rellenaba de arena y cuya finalidad era el almacenamiento del maíz en su interior, práctica que todavía se conserva en el valle y que, como vemos, se viene realizando desde hace aproximadamente 3.500 años.

Cabe destacar las dificultades técnicas de una excavación realizada en una zona desértica y con gran acumulación de dunas. La utilización del sitio para los fines que había sido construido y la sequedad ambiental han favorecido la conservación y hallazgo de gran cantidad de restos botánicos, especialmente maíz (Proto-Confite Morrocho, Confite Chavinense y Proto-Kulli), pero también otro tipo de plantas, que hacen un total de 40 especies diferentes. En cuanto a los restos animales destacan los de origen marino, consecuentemente con la localización del yacimiento, y se han identificado 53 moluscos, 10 mamíferos, 9 aves, 1 reptil y 36 peces, aunque de estos últimos hay reconocidos a nivel de familia. Los capítulos que se dedican a estos temas dan detalles, en sus numerosos apartados, de las cuidadosas técnicas de análisis y evalúan sus resultados. Dentro del capítulo de restos animales, llama la atención la inclusión de los *Homo sapiens sapiens*, sobre todo porque para «dar mayor unidad al conjunto» incluye la parte descriptiva del entierro de un niño. Creemos que, ya que el esqueleto del infante es el único completo y base fundamental del estudio, podía haber sido objeto de un tratamiento separado, con mayor motivo, dada la atomización en pequeños capítulos de la primera parte de la obra, dedicada al registro y análisis de los materiales.

Una vez que el autor, a través de los distintos apartados, ha ido dando sus conclusiones parciales, pasa a una discusión pormenorizada de sus aseveraciones. Comienza con una crítica y visión de conjunto del precerámico peruano y se va adentrando con reflexiones y tomas de postura en la mayor parte de los temas candentes de la arqueología peruana y de la metodología arqueológica. Parte importante de esta discusión es la cuestión del maíz, fechas y orígenes, para cuyo esclarecimiento este yacimiento es una pieza fundamental, su

hallazgo abre nuevas puertas a la investigación y posibilita nuevas interpretaciones.

No queremos terminar sin hacer referencia a los estudios etnográficos, etnohistóricos e incluso de carácter experimental que acompañan su interpretación del uso y función de los depósitos y de la utilización de algunos artefactos.

En nuestra opinión, este libro ha de resultar muy útil para los arqueólogos interesados en la reconstrucción de la dieta y apasionará a los amantes de la polémica.

Mercedes GUINEA BUENO.

MATHEWS, Peter: *Tonina. Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions*, vol. 6, part, 1. Peabody Museum of Archaeology and ethnology, Harvard University. Cambridge, 1983, 63 pp., fotografías y dibujos.

Con este fascículo llegan a 10 los aparecidos hasta el momento de la serie *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions*, una empresa colosal que hace honor, por la ambición que representa, el inmenso servicio científico que presta y la irreprochable calidad de la presentación, al objeto de estudio: el sistema de escritura más desarrollado de la América precolombina, vehículo de expresión de una civilización compleja y sorprendente. Debo confesar que cuando tuve en mis manos el primer volumen del *Corpus*, de 1975, en el que Ian Graham iniciaba la introducción rindiendo homenaje a August Boeckh, quien puso en marcha en 1828 el *Corpus Inscriptionum Graecarum*, no pude reprimir un gesto de incredulidad. Recoger y reproducir todos los textos mayas conservados en piedra, jade, concha, hueso, madera, estuco y en pinturas murales: tarea parecía ésta más adecuada al romanticismo del pasado siglo que a la época pragmática y cicatera que nos ha tocado vivir, en la cual los profesionales, forzados por la competencia, ávidos de resultados inmediatos, y constreñidos por las magras e inmovibles fuentes de financiación estatales, no suelen poner los ojos en empeños a tan largo plazo y que entrañen muchas dificultades y poca gloria. Algo creció mi ánimo, sin embargo, al comprobar que al frente del proyecto figuraba ese hombre excepcional que es Ian Graham, heredero con justicia de las virtudes británicas que hicieron posibles las biografías de Burton, de Gordon, de Lawrence, de Catherwood, y hasta del mismísimo Charlie Marlow, que no por ser producto de ficción es menos representativo del imparable espíritu victoriano. De todos modos, cada vez que sale un nuevo fascículo suspiro aliviado, y espero, para bien de la mayística, sentir esa emoción con frecuencia durante muchos años.

El trabajo de recopilación de Peter Mathews, investigador asistente del Museo Peabody —esa Meca de los mesoamericanistas, a la que también algún día habrá que rendir cálido homenaje—, bien conocido por la trascendencia de sus estudios epigráficos en Palenque y Bonampak, es encomiable dentro del tono habitual de todos los fascículos. Curiosamente, esta publicación de los monumentos de Toniná ha venido casi a coincidir con la de las memorias de excavación de la Misión Francesa (*Tonina, une cité maya du Chiapas*, Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique), cuyo volumen 2, aparecido en París en 1982, está dedicado en parte (pp. 625 a 918) precisamente a la escultura de piedra. Pero el enfoque de Pierre Becquelin y Claude Baudéz difiere claramente del seguido en el *Corpus*: los franceses describen e interpretan las piezas, haciendo ensayos de lectura de las inscripciones, mientras que Mathews se limita a presentar los monumentos por medio de fotografías y dibujos acompañados de la escueta información común a la serie (localización, condiciones de conservación, material, forma, dimensiones, áreas labradas y fuentes de las reproducciones).

Desde luego, otros fascículos serán necesarios, pues el número de monumentos ahora publicados no llega ni a la mitad de los que se conocen con jeroglíficos tallados; además, las exploraciones de los arqueólogos mexicanos que han relevado a los franceses aportarán, sin duda, nuevas esculturas al ya extenso catálogo. El loable esfuerzo científico que tres países diferentes están realizando en Toniná es un ejemplo digno de tener en cuenta; los primeros frutos empiezan a llegar a nuestras manos, y el trabajo de Mathews prueba lo mucho que podemos esperar de ellos.

Miguel RIVERA DORADO.

OCHOA, Lorenzo, y Thomas A. LEE, Jr. (Eds.): *Antropología e Historia de los mixe-zoques y mayas. Homenaje a Frans Blom*. Universidad Nacional Autónoma de México y Brigham Young University. México, 1983, 509 pp.

El recuerdo de Frans Blom, veinte años después de su muerte, está presente entre los estudiosos de las regiones meridionales de Mesoamérica. Fue uno de los últimos pioneros, aquella extraña raza de seres decimonónicos que, imbuidos de la creencia de que la vida es la realización de un destino personal, abandonaban el mundo donde habían nacido para sumergirse en exóticas realidades a las que acababan amando y comprendiendo. Frans Blom, un danés de familia acomodada, eligió Chiapas, el territorio y sus pobladores antiguos

y modernos, para llevar a cabo su misión; y en verdad que dejó allí profunda huella, como bien saben todos los que han peregrinado a la legendaria morada que habitó en San Cristóbal Las Casas. Arqueólogos y etnólogos, los más favorecidos por la vasta tarea que emprendió a partir del año 1921, decidieron rendir un homenaje a tan señera figura, y bajo los auspicios del Centro de Estudios Mayas de la UNAM y de la New World Archaeological Foundation, se reunieron entre los días 1 y 5 de julio de 1980 para dar lectura a una serie de trabajos relacionados con la vida y la obra de Blom y con las que fueron sus materias preferidas de estudio. El libro que ahora comentamos es la publicación de aquel simposio.

Los seis primeros trabajos, unas 70 páginas, están dedicados a evocar a Frans Blom. En un repaso apresurado, creo que vale la pena destacar el escrito de Carlos Navarrete, inteligente y mesurado, con datos originales y un hermoso castellano muy de agradecer. Sigue el informe redactado por el mismo Blom sobre la expedición de la Universidad de Tulane en 1928 al área maya. Otros ocho artículos completan la sección de arqueología, abordando variados temas: recapitulaciones sobre problemas en boga, como las relaciones entre olmecas y mayas (Lorenzo Ochoa), el origen de la escritura y el calendario (Maricela Ayala), o la información sobre los mayas-chontales de Tabasco (Ernesto Vargas), y también breves informes de sitios o zonas, como el de Lagartero (Susana Ekholm y Eduardo Martínez), y Tenam Rosario (Pierre Agrinier), donde se han descubierto unos interesantísimos marcadores del juego de pelota. La sección de etnohistoria y lingüística se abre con otro artículo de Blom, en esta ocasión sobre el papel de la mujer en la sociedad maya; sigue una bibliografía con amplio comentario en torno a los lacandones (Andrés Aubry y Angélica Inda), y dos contribuciones de Raúl del Moral y Otto Schumann relacionando el chontal-chortí, por una parte, y el chuj-tojolabal, por otra. Finalmente, el libro incluye cuatro artículos de etnografía y antropología social que tratan de los siguientes grupos indígenas: popolucas y nahuas del sur de Veracruz (G. Munch), zoques (F. Báez-Jorge), tojolabales (M. H. Ruz) y lacandones (G. Garfias y M. Turok). Román Piña Chan y Leonardo Manrique son los encargados de cerrar la obra con sendos capítulos de resúmenes y conclusiones.

En su conjunto, los textos del *Homenaje a Frans Blom* se ciñen a las características que suelen tener este tipo de reuniones. Son más bien apuntes y sugerencias, algunos de altos vuelos, pero la mayoría de modestas pretensiones. No es lógico, por tanto, ni cabe en una reseña, discutir los pormenores de cada afirmación o hipótesis velada. Cumplen el cometido principal: exponer el estado de las cuestiones; y también, lo que es tal vez más importante, difunden los pro-

yectos y campos de investigación de los participantes. Esta información es siempre bienvenida, como lo es el justo esfuerzo para que la memoria de los grandes maestros de la mayística no caiga en el olvido.

Miguel RIVERA DORADO.

WILLEY, Gordon R. (Editor general): *Excavations at Seibal*. Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 15, núm. 1: A. Ledyard Smith, «Major Architecture and Caches», y núm. 2: Jeremy A. Sabloff *et al.*, «Analyses of Fine Paste Ceramics». Harvard University, Cambridge, 1982, 343+XIII pp., 197 figuras, 3 mapas y 8 tablas.

Este es el tercero de los volúmenes dedicados a las excavaciones que la Universidad de Harvard (Museo Peabody) realizó en el sitio de Seibal en los años 1964 a 1968. Los anteriores, aparecidos en 1975 y 1978, incluían la descripción del centro ceremonial y de su entorno, el análisis del material cerámico, el estudio de los utensilios y breves informes de las exploraciones efectuadas en Cancuen e Itzan. Se anuncian todavía otros dos libros sobre la periferia del lugar y sobre los monumentos e inscripciones jeroglíficas. Con ello la serie tocará a su fin, y el equipo dirigido por Gordon Willey habrá levantado un nuevo jalón en el campo de la arqueología maya. Después de la publicación de la serie de Altar de Sacrificios, el anterior objetivo del grupo de Harvard, era de esperar el alto nivel de exigencia y minuciosidad que ha caracterizado los informes de Seibal, enriquecidos ahora, además, por el cuidado —y hasta podríamos decir el lujo— de la presente edición. Ciertamente, merece nuestras felicitaciones el profesor Willey, porque no es frecuente en los tiempos que corren, de evidentes restricciones económicas, iniciar la lectura de un informe de excavaciones gozando de tan excelente presentación de los datos.

Ledyard Smith abre su aportación en la primera parte del libro con la descripción de los trabajos en el grupo A, zona donde se hallaron los testimonios de ocupación más antigua (900-600 a. C., aproximadamente) y donde se llevaron a cabo los principales esfuerzos de restauración en la estructura A-3 (pequeña pirámide clásica bien conocida desde el siglo pasado gracias a las cuatro magníficas estelas colocadas frente a las respectivas escalinatas). Cabe destacar en este edificio los restos de la decoración de estuco que formaba el friso del templo, y el altar de la estela 10 que tiene grabada una figura

geométrica cuadrangular que recuerda poderosamente el juego del patolli azteca (piedras con diseños semejantes se han encontrado en Palenque y Nakum, y el monumento 48 de Toniná presenta un dibujo ligeramente distinto). El conjunto se ha fechado en la primera mitad del siglo IX, lo que se corresponde, efectivamente, con la época de apogeo del sitio —únicamente dos estelas lisas fueron erigidas durante el Clásico Temprano, a juzgar por sus asociaciones cerámicas— a lo largo de toda esa centuria. Después de mencionar otras excavaciones menores, Ledyard Smith pasa revista a las operaciones llevadas a cabo en relación con las estelas y altares del sitio; en los trabajos del grupo C sobresale el estudio y restauración de la estructura 79, edificio circular conectado con el extraordinario altar 1, fechada a finales del Clásico. Por último, se describen las excavaciones en el grupo D, se dedica una sección a los rasgos arquitectónicos generales y tipos de edificios, y se enumeran los escondrijos de ofrendas. Un apéndice, a cargo de Edwin R. Littmann, estudia los suelos de Seibal.

La segunda parte de la obra está dedicada a los análisis de las cerámicas finas, según los resultados sucesivos obtenidos dentro del proyecto *Pasta Fina que durante dos décadas ha llevado a cabo distintas pruebas en el Laboratorio Nacional de Brookhaven*. Desgraciadamente, luego de muchos ensayos y comprobaciones, utilizando las técnicas más modernas, los arqueólogos apenas resultan favorecidos en la verificación de sus especulaciones. Ni el colapso de la civilización clásica, ni las supuestas invasiones o avances de pueblos a finales del período, han obtenido sustantiva información adicional más allá de las ideas generales expuestas desde hace años por los especialistas. No es posible precisar aún el centro, o los centros, de producción del Anaranjado Fino y el Gris Fino, y su extensa distribución no parece coincidir con la expansión de un único pueblo desde las costas de Tabasco y Campeche. Como afirman Rands, Bishop y Sabloff al concluir la interpretación histórica de los datos de laboratorio, la complicada situación cerámica refleja, probablemente, los complejos cambios económicos y los movimientos de población ocurridos en el sur de Mesoamérica hacia la terminación del período Clásico. Poco más se puede añadir, lo cual no significa que los análisis sean innecesarios o carezcan de interés, sino debido con seguridad a que se requieren hipótesis más imaginativas que sepan extraer de ellos todo su potencial valor.

En resumen, el volumen que ahora nos ofrece el Museo Peabody representa, al igual que sus predecesores, un nuevo cúmulo de informaciones sobre la antigua cultura maya. El libro es, por tanto, de ineludible consulta para los profesionales de esta área de investiga-

ción, y un ejemplo de la manera en que se deben de publicar los materiales de cualquier excavación arqueológica.

Miguel RIVERA DORADO.

TRIGGER, Bruce G.: *La revolución arqueológica. El pensamiento de Gordon Childe*. Fontamara. Barcelona, 1982, 213 pp., 3 mapas y 1 esquema.

Este libro de Bruce G. Trigger es el primer intento de analizar, de una forma sistemática y exhaustiva, la obra de uno de los arqueólogos más importantes de nuestro siglo: Vere Gordon Childe. Es indudable que tratar de valorar las aportaciones de un arqueólogo de la talla de Childe es una tarea difícil y complicada. En primer lugar, hay que considerar que la lectura de su obra no es privativa de los especialistas y que siempre gozó de una gran aceptación por parte de un público numeroso y variopinto. Otro aspecto digno de tener en cuenta es su propia personalidad. Su desaliño externo, su carácter introvertido y sus arranques de excentricidad fueron forjando, en torno a él, una imagen bastante sugerente que le acompañó hasta el fin de sus días. En 1957 volvió a su Australia natal, después de treinta y cinco años de ausencia. El 19 de octubre salió de excursión hacia las Montañas Azules y no regresó jamás. Su cuerpo fue encontrado debajo de Govett's Leap, cerca de Katoomba.

En 1959 tuvo lugar en México un *Homenaje a Gordon Childe*, en el que se sucedieron una serie de comunicaciones sobre su obra por parte de científicos de la importancia de Pedro Bosch-Gimpera, José Luis Lorenzo, etc. Era el justo reconocimiento de los investigadores americanistas hacia la labor de un hombre que había dedicado su vida al estudio de la prehistoria y a la búsqueda de nuevos planteamientos teóricos en torno al evolucionismo multilíneal.

Desde 1959 un vacío casi completo se cernió sobre la figura de Childe. Daba la impresión de que había sido olvidado; pero, sin embargo, sus obras seguían reeditándose con el mismo éxito de siempre. La causa de este silencio, que duraría más de veinte años, puede encontrarse, quizá, en el interés que Childe mostró siempre por el marxismo y el materialismo histórico. Sin duda, 1980 es el año de su «resurrección», pues a lo largo de él aparecen dos magníficos trabajos monográficos sobre su obra: *The method and theory of V. Gordon Childe*, de Bárbara McNairn, y *Gordon Childe. Revolutions in Archaeology*, de Bruce G. Trigger, cuya versión española es objeto de este comentario.

El mérito fundamental del libro de Trigger consiste en haber sa-



bido combinar magistralmente todas las variables posibles que inciden en la realización de una obra de estas características. No se limita a presentarnos una visión erudita sobre la importancia del pensamiento de Childe, sino que a través de sus páginas llega hasta nosotros una imagen realista y humana de lo que fue su propia personalidad. Childe fue un científico, pero también fue un hombre interesado por el mundo en que vivía. Un mundo que analizó sin medias tintas y desde dos perspectivas contrarias: el optimismo y el pesimismo. Su carácter introvertido le hacía alternar ambos estados de ánimo, y en ello incidían directamente los acontecimientos históricos de cada momento. Trigger nos presenta un esquema diacrónico de su obra, donde siempre ocupa un lugar especial el análisis del contexto histórico que influyó en los planteamientos teóricos de Childe.

La obra incluye una magnífica síntesis de todos los trabajos de Childe y una valoración crítica de cada una de las fases teóricas que fue atravesando a lo largo del tiempo. Dedicó especial atención a las obras de los primeros años, ya que en ellas se encuentra el germen de sus planteamientos posteriores, y analiza en profundidad las corrientes teóricas americana y soviética, que tanto influyeron en sus trabajos.

A partir de los años cincuenta, Childe empezó a ser conocido en América y fue asociado inmediatamente con Julian Steward y Leslie White como precursor del evolucionismo multilineal. Aun así estaba muy lejos de los planteamientos deterministas de White, relativos a la tecnología, y hacía más hincapié en la importancia de los medios de producción y la ideología en el desarrollo de las sociedades. Los aspectos sociales y económicos en su esquema evolutivo de la sociedad juegan un papel más decisivo que el tecnológico en gran parte de su obra.

Childe es, sin duda, uno de los científicos que más polémicas ha desatado en la historia de la arqueología. Ha sido criticado desde posturas teóricas muy diversas y, a decir verdad, no siempre con la profesionalidad que se debe exigir en un trabajo de esta índole. Marvin Harris (1978) incluye la obra de Childe dentro del particularismo histórico, y si bien es cierto que no aplicó el materialismo histórico en sus trabajos hasta sus últimas consecuencias, también es cierto que su postura teórica está muy lejos del idealismo ideográfico que caracterizó el particularismo histórico de Franz Boas. Si hubiera que definir la postura teórica de Childe sería justo incluirla en el pensamiento nomotético, ya que muchos años de su labor científica los dedicó a la búsqueda de las leyes explicativas y predictivas del desarrollo social.

La obra de Childe, aunque ha sido muy criticada, sigue ofreciendo en la actualidad una gran cantidad de posibilidades para las nuevas

generaciones de arqueólogos, pues muestra la riqueza de un pensamiento cuyo objetivo primordial fue explicar, de forma científica, las causas del desarrollo de la sociedad.

Para aquellas personas que nos hemos familiarizado con la arqueología de la mano de los libros de Childe, esta obra adquiere el carácter de una presentación oficial. Es como si después de tantos años conociéramos por fin a Vere Gordon Childe.

FÉLIX JIMÉNEZ VILLALBA.

ARENAS, Pedro de: *Vocabulario de las lenguas castellana y mexicana*. Edición facsimilar de la publicada por Henrico Martínez en la ciudad de México, 1611. Estudio introductorio de Ascensión H. de León-Portilla. Col. Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas, núm. 1. Instituto de Investigaciones Filológicas e Instituto de Investigaciones Históricas, U.N.A.M. México, 1982. Introducción de LXXXIX pp.+ 12 láminas y facsímil.

Dos Institutos de la U.N.A.M —el de Investigaciones Filológicas y el de investigaciones Históricas— inician con este volumen una nueva serie. Esta colaboración tiene por fin publicar facsimilarmente viejos e inasequibles clásicos de la cultura nahua. Como característica, los volúmenes de esta serie irán acompañados de un estudio introductorio lo más completo posible.

Comienza la colección con el *Vocabulario manual*, de Pedro de Arenas, reproducido según la edición príncipe de 1611. La elección no puede ser más acertada. Esta obrita, de cuyo autor desconocemos prácticamente todo, no fue realizada con una intencionalidad lexicológica o lingüística —a diferencia de los otros vocabularios y artes conocidos—, sino que su fin es puramente práctico e inmediato: proporcionar un instrumento fácil de manejar y eficaz, para facilitar la comunicación entre hispanoparlantes e indígenas nahuas monolingües.

El vocabulario está dividido en dos partes paralelas: la primera va del castellano al náhuatl; la segunda, del náhuatl al castellano. El contenido de cada parte está estructurado en capítulos temáticos (formas de salutación y cortesía, construcciones para informarse sobre el tiempo y los lugares, cuestiones en torno al trato con los trabajadores y empleados o acerca del comercio, etc.), y en cada capítulo se recoge tanto el conjunto léxico elemental para cada tema, como las construcciones morfosintácticas más usuales. Léxico y morfosintaxis se presentan de forma equilibrada en construcciones que se

complementan entre sí, proporcionando al usuario de esta inteligente obra una gama relativamente amplia de posibilidades de elección de preguntas y respuestas, sin necesidad de conocer la gramática náhuatl.

Lo anterior basta para comprender que el *Vocabulario manual*, de Pedro de Arenas, está muy lejos de ser un «diccionario» arcaizante, ordenado por familias de palabras. Por el contrario, esta obra es en realidad una «guía de conversación» (como acertadamente se la titula en la traducción francesa de 1862). Precisamente es esto lo que la hace tan sorprendentemente moderna. Y, por la calidad de los resultados esto mismo es lo que explica el enorme éxito que tuvo durante tres siglos. Obra destinada al uso cotidiano y a nivel popular, «que no pretende más elegancia de poder hablar con los indios y entenderlos» (Arenas, prólogo), se mantuvo viva por largo tiempo y es el trabajo sobre la lengua náhuatl editado más veces (cuatro ediciones seguras en el siglo XVII, cinco en el XVIII y cuatro en el XIX). Curiosamente, la edición que ahora presentamos es la primera y única de este siglo.

El estudio introductorio que precede a la reproducción facsimilar está a cargo de Ascensión H. de León-Portilla, miembro del Instituto de Investigaciones Filológicas y a quien debemos, entre otras cosas, la excelente y útil «Bibliografía lingüística nahua» (*Estudios de cultura náhuatl*, 1972, núm. X: 409-441) y la edición, con un estudio introductorio, de los mejores trabajos de Pablo González Casanova (*Estudios de lingüística y filología nahuas*, México, 1977).

La señora de León-Portilla ha dividido su investigación en cuatro capítulos bien definidos. El primero está dedicado a reunir todos los datos conocidos —que no son muchos— sobre el autor, Pedro de Arenas. Pueden resumirse diciendo que era español peninsular (o que se consideraba así) y que, probablemente, se dedicaba a actividades relacionadas con el comercio.

Dos secciones constituyen el segundo capítulo. En la primera de ellas se hace relación a las ediciones, seguras y supuestas, que ha conocido este afortunado libro. Tenemos que ampliar en este punto la información que da la señora de León-Portilla (p. XXXI) sobre una segunda posible edición de 1611 —o próxima a ese año.

El Conde de la Viñaza, en su bien conocida *Bibliografía española de lenguas americanas* (Madrid, 1892; reeditada facsimilarmente, Madrid, 1977, p. 75), describe el Vocabulario de Pedro de Arenas, edición 1611, por dos ejemplares entonces existentes en la Biblioteca Nacional de Madrid. Por esta descripción podemos observar que estos ejemplares eran diferentes en número de páginas al editado ahora en facsímil: en 8.º, 7 hojas preliminares + 183 pp. de texto con sign. A—L de 8 hojas (mientras que el facsímil es, en 8.º, 7 hojas

preliminares + 160 pp. de texto con sign. A—K de 8 hojas). Más aún, podemos comprobar también una diferente paginación del contenido (p. ej. el texto castellano de vocabulario abarcaba las pp. 1-108, mientras que en el facsímil ocupa las pp. 1-100; y la parte náhuatl empezaba en la p. 109, mientras que en el facsímil empieza en la 101) y es también observable una diferente distribución de los renglones de la portada náhuatl. Obviamente, estos dos ejemplares de la Biblioteca Nacional de Madrid son una edición distinta a la ahora editada o, al menos, se trata de unos ejemplares muy especiales. Siendo consciente de ello, la señora de León-Portilla solicitó mayor información y sólo obtuvo, sobre uno, oscuras referencias —que son las que pudo conseguir el Dr. Miguel Rivera, Director de esta revista.

Con motivo de esta reseña, nosotros intentamos precisar esto algo más. Tras una serie incoherente de referencias en el fichero general y en el catálogo, pudimos reunir los datos suficientes para poder consultar el registro general de los libros impresos raros (gracias a la amabilidad de la Directora de esta sección). La conclusión es que en la Biblioteca Nacional de Madrid existían efectivamente los dos ejemplares descritos por el Conde de la Viñaza y que tenían las signaturas R-1470 y R-1912. El 10 de octubre de 1927 se descubrió la desaparición del R-1912, haciéndose entonces una sustitución de libros y signaturas —origen de la actual incoherencia—, y el 7 de octubre de 1930 queda registrada la desaparición del segundo ejemplar. Hay que hacer constar que éstos no son casos aislados y que, durante esas fechas, hubo una campaña sistemática para despojar a la Biblioteca Nacional de este tipo de obras.

Volviendo a nuestro tema, en la segunda sección del capítulo segundo, Ascensión de León-Portilla analiza el contenido del Vocabulario. Queremos destacar que, por la forma en que está hecho y por su finalidad, el Vocabulario de Pedro de Arenas es un documento de primer orden para historiadores y etnólogos. En él se recogen las formas de tratamiento y los motivos más frecuentes de relación entre los dos grupos fundamentales que constituían la sociedad del México Central de principios del siglo xvii. Más aún, formas y motivos están plasmados de forma viva y realizándose en el presente; por ello, es posible incluso percibir los temores y suspicacias de un grupo con respecto al otro.

El tercer y cuarto capítulos, los más extensos, son un análisis del castellano y del náhuatl empleados en la obra. Con excesiva brevedad diremos que el castellano allí escrito se atiene, con pureza, a la norma clásica toledana y que en él se recogen pocos mexicanismos. Igualmente el náhuatl es de un carácter clásico, con el suficiente vigor para asimilar y crear neologismos, hibridismos e hispanismos.

Parte fundamental de ambos capítulos es el estudio de la forma en

que las dos lenguas están allí escritas. Destaca en particular el caso del náhuatl, pues en este Vocabulario se ha cuidado muy especialmente la representación —mediante una h— de la oclusiva glotal o saltillo. No menor interés tiene el estudio de la acentuación de las palabras mexicanas, que parece atenerse a un sistema híbrido o, al menos, desconcertante en principio.

Jesús BUSTAMANTE GARCÍA.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición crítica por Carmelo Sáenz de Santa María, Serie V Centenario del Descubrimiento de América; Col., Monumenta Hispano-Indiana, n.º I. 2 volúmenes (en el 1.º, Introducción y Texto; en el 2.º, Aparato crítico e Indices). Publicación conjunta del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, C.S.I.C., Madrid; Instituto de Investigaciones Históricas, U.N.A.M., México; y Universidad Rafael Landívar, de la Nueva Guatemala de la Asunción, Guatemala. Madrid, 1982. Vol. 1.º, xxxvii + 687 pp.; volumen 2.º, 91 pp.

Esta obra inaugura una nueva colección de la serie que el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo dedica a la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América. La obra y el autor ahora presentados son bien conocidos, la novedad y la importancia está en el carácter crítico de la edición.

Como es sabido, la *Historia Verdadera* de Bernal Díaz fue publicada por primera vez, en Madrid, en 1632. Al haber ya muerto su autor, la edición estuvo a cargo del mercedario Alonso Remón. Esta edición príncipe será reeditada numerosas veces y traducida a varios idiomas durante todo el siglo XIX. Sin embargo, ya en el siglo XVII, surgen en Guatemala protestas y críticas a esta versión de la Historia publicada por Remón, basadas en la poca fidelidad con que se sigue un manuscrito de la misma allí conservado. Dado que el manuscrito de Guatemala perteneció al propio Bernal Díaz del Castillo, lleva su firma y tiene numerosas correcciones de su mano, las críticas a la versión madrileña no podían estar mejor fundadas. Así, cuando en 1904 Genaro García publica en México la Historia Verdadera según el Ms. guatemalteco, cesaron las ediciones según Remón —objeto de serio descrédito— y se suceden las de la nueva versión.

Surge entonces el problema de que el Ms. de Guatemala es un borrador, con numerosas tachaduras y correcciones y, además, deteriorado en algunas partes, lo que hace difícil y a veces imposible su lectura. Por ello se hizo necesaria la confrontación de este Ms. con

la vieja edición para confirmar lecturas y suplir lagunas. Esta labor de cotejo y reconstrucción, realizada en Madrid por Ramón Iglesia Parga, da lugar a la primera edición crítica de la obra. Aunque quedó inconclusa por la guerra civil española, lo hecho fue publicado por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo en 1940.

El panorama se complica aún más cuando, al realizar su cotejo, Ramón Iglesia se encuentra con la existencia de una tercera versión de la Historia, en un manuscrito propiedad de José Alegría —hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid—. Este manuscrito permite suplir las lagunas del Ms. guatemalteco, por lo que fue incorporado con este fin a la edición antes citada. Por desgracia, lo tardío del descubrimiento hizo que sólo se lo tuviera en cuenta parcialmente. Aprovechando esta labor inconclusa, Joaquín Ramírez Cabañas publica en México, 1944, la edición vigente hasta hoy.

Con el panorama que acabamos de describir, queda patente la necesidad que existía de una edición crítica completa de la obra de Bernal Díaz. Asumiendo su compromiso, en 1946, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo encargó a Carmelo Sáenz de Santa María terminar la labor de Ramón Iglesia.

El padre Sáenz de Santa María, en los últimos años Director del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, muy vinculado por sus actividades de Orden y académicas a Guatemala, terminó con prontitud la labor encargada. Sin embargo, ésta no se publicó. En el lapso de tiempo siguiente, un nuevo análisis de las tres versiones conservadas lleva al P. Carmelo a replantear y rehacer la edición crítica.

El análisis de los textos conservados constituye el estudio introductorio a esta edición y es determinante para comprender sus características. Resumiendo mucho sus conclusiones, podemos decir que en origen hubo dos manuscritos ológrafos e iguales de la Historia acabada, que Bernal Díaz seguía corrigiendo y anotando. En 1575 uno de ellos fue enviado a la península para su publicación, que tardaría en hacerse. El Ms. conservado en Guatemala seguiría siendo retocado y ampliado por Bernal Díaz y, a su muerte, siguió siendo remodelado por mano de su hijo Francisco —que llega a sustituir o eliminar páginas completas—. Este Ms. así alterado, en el que es difícil distinguir entre las correcciones del padre y del hijo, es el actual Ms. de Guatemala. Dada su condición de borrador, Francisco Díaz del Castillo ordena hacer de él (1605) una copia en limpio, con la finalidad de conseguir su publicación. Esta copia limpia, versión de Francisco y no de Bernal, es el actual Ms. Alegría. Por último, el Ms. enviado a la península en 1575 —que recoge la forma original de la Historia— es rescatado por el P. Alonso Remón y dispuesto para la imprenta. La muerte de Remón deja a Fr. Gabriel Adarzo y Santander al cuidado de la edición, que sale en 1632 con un con-

junto notable de interpolaciones interesadas para la Orden de la Merced.

Queda pues así definida la condición de cada una de las versiones conocidas de la Historia. Una edición crítica debe restablecer el texto en la forma más próxima posible a como salió de manos de su autor; ésta es la labor realizada.

Habiendo quedado descartada la versión del Ms. Alegría —obra de Francisco—, la edición recoge en columnas paralelas las versiones de Remón y del Ms. de Guatemala. Como el texto del segundo está alterado hasta un punto no definible con seguridad, la versión más próxima al original bernaldiano es precisamente el desacreditado texto de Remón. Este pasa así a ser el texto básico de la edición crítica (eliminando las evidentes interpolaciones mercedarias). Para facilitar la confrontación entre ambas versiones, las diferencias aparecen destacadas en bastardillas.

El aparato crítico que acompaña a la edición básicamente podemos reunirlo en tres conjuntos. El primero recoge todas las modificaciones del texto —obra del autor y de su hijo— que aparecen en el Ms. de Guatemala. El segundo conjunto recoge las interpolaciones mercedarias, que habían sido extraídas del texto Remón. El tercer conjunto es una ordenación de las notas que indican las modificaciones del texto de Guatemala, para reconstruir la primera redacción de la Historia.

Complemento del aparato crítico es un amplio y bien estructurado índice, dividido en onomástico, geográfico y temático.

La propia calidad del trabajo hecho nos lleva a pedirle más y a cerrar esta reseña con un par de objeciones. En primer lugar, en el estudio introductorio echamos en falta una presentación del autor y su obra, así como una aproximación, al menos, al significado de la misma. En segundo lugar, la edición fidelísima del Ms. de Guatemala lleva consigo todas las lagunas debidas a la destrucción del texto u otros motivos; aquellas que se producen en textos —bernaldianos— no incluidos en Remón, sólo pueden ser suplidas por el Ms. Alegría. Su rígida eliminación crítica nos ha privado de ello.

Jesús BUSTAMANTE GARCÍA.

MONJARÁS-RUIZ, Jesús: *La nobleza mexicana. Surgimiento y consolidación*. Editorial Edicol. México, D. F., 1980. 227 pp.

La carencia de estudios diacrónicos sobre el México prehispánico es, sin el menor género de dudas, una de las principales lagunas de la copiosa literatura aztequista. De hecho, que nosotros sepamos, sólo dos autores se han ocupado de investigar la génesis y desarrollo del

estado tenochca. El primero —Víctor M. Castillo Farreras—, se interesó por la estructura económica; el segundo —Claude N. B. Davies—, estudió fundamentalmente los acontecimientos políticos de la historia mexicana. El libro de Monjarás-Ruiz tiene, pues, un indiscutible valor, dado que cubre algunos aspectos de esta grave deficiencia historiográfica.

El período que aborda Monjarás-Ruiz —los años comprendidos entre la partida de Aztlán y la derrota de la poderosa confederación chalca— posee una extraordinaria importancia, ya que los primeros años de la pequeña urbe serán decisivos para la sociedad mexicana. Todas las facetas de la espléndida civilización azteca —tan elogiada por Hernán Cortés y sus compañeros— surgen y se consolidan durante la época escogida por Jesús Monjarás-Ruiz.

El otro gran acierto del etnohistoriador mexicano reside en el tema elegido: la nobleza, motor del expansionismo militarista y fuente de cambios socio-económicos. Desde los tiempos de Adolfo Bandelier (siglo XIX), los mexicanistas han visto en la nobleza tenochca el principal factor del cambio social. Sin embargo, faltaba en la bibliografía un estudio profundo que explicara los mecanismos que hicieron posible el nacimiento de la *pillotl* y su posterior desarrollo. Esta es la tarea emprendida por Jesús Monjarás-Ruiz, quien, siguiendo de cerca las directrices marcadas por Pedro Carrasco, hace un estudio de antropología política interesante y atractivo. El libro, destinado a convertirse en una obra de consulta imprescindible, destaca especialmente por la claridad de sus ideas, así como por el profundo conocimiento de las fuentes bibliográficas empleadas.

Ahora bien, frente a estos indiscutibles valores, *La nobleza mexicana* presenta algunos aspectos marcadamente negativos, derivados, quizá, de la inexperiencia del autor.

El manuscrito original se presentó como tesis de maestría en la universidad mexicana. La versión impresa, aunque lógicamente habrá sufrido un proceso de remodelación, conserva este carácter universitario, lo cual da a toda la obra un aspecto de inmadurez primeriza.

Esta inmadurez, observable a primera vista, se ve sobre todo en las primeras páginas. Inexplicablemente, el autor, olvidándose del tema central y básico de la investigación, dedica un tercio del trabajo a explicar los orígenes de la civilización en Mesoamérica, de sus bases económicas y del estado. Francamente, este extenso apartado está fuera de lugar y podría haberse suprimido casi en su integridad, dado que bastaban unas pocas páginas para demostrar la tesis sostenida por Monjarás-Ruiz: la idea de que los mexica se limitaron a continuar la tradición mesoamericana. Dicha hipótesis, defendida por Pedro Carrasco y otros autores, es, por otra parte, bastante discutible.



Por lo que respecta al tema central, también existen fallos importantes. Si bien es verdad que el análisis político resiste cualquier crítica, no menos cierto es que las páginas dedicadas a la economía carecen de la profundidad necesaria.

A nuestro entender, el poder de la nobleza mexicana se basaba en la propiedad de las tierras arrebatadas a los pueblos lacustres vencidos, y no en su posición política, como sostienen numerosos investigadores. Por eso lamentamos que Monjarás-Ruiz no aventure ninguna hipótesis sobre las relaciones de la *pilloil* azteca con las tierras usurpadas. No negamos que tales relaciones presentan grandes dificultades, pero convenía haberlas abordado, pues de lo contrario la investigación queda incompleta y trunca.

Otra de las conclusiones cuestionables de Monjarás-Ruiz hace referencia a la supuesta existencia del *tecalli* o casa señorial en México-Tenochtitlan. Lógicamente, al no haber efectuado el autor el estudio propuesto en el párrafo anterior carece de datos para sostener una tesis de tanta magnitud e importancia. Máxime si se tiene en cuenta que Monjarás-Ruiz no aduce ninguna prueba a favor de la presencia de tales casas entre la nobleza tenochca.

Por otra parte, el *tecalli* como soporte económico de la aristocracia sólo se encuentra demostrado documentalmente en la zona poblano-tlaxcalteca durante el período colonial. Resulta, pues, comprometido trasladar esta institución a la época prehispánica, y mucho más peligroso trasplantarla, salvando diferencias socio-económicas, étnicas y políticas, al Valle de México. Más aún, todos los datos de que disponemos invitan a suponer que las distintas ciudades y regiones habían desarrollado estructuras económicas diversas.

En resumen, *La nobleza mexicana* tiene grandes aciertos y algunos errores, errores que no disminuyen en nada la gran aportación que el libro supone para el esclarecimiento del México prehispánico.

Germán VÁZQUEZ CHAMORRO.

JANSEN, Maarten E.R.G.N.: *Huisi Tacu*. Vol. 1: pp. 1-442. Vol. 2: páginas 443-684, apéndices, notas, bibliografía y figuras. Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos (CEDLA). Incidentale Publications, 24. Amsterdam, 1982.

El afán clasificatorio del hombre le ha impulsado a dividir el estudio de los pueblos en dos grandes grupos: los que tienen *historia* y los que no la tienen.

Todos aquellos grupos humanos que han sido capaces de reflejar por escrito los avatares de su existencia se incluyen en el primer

grupo, y los que no han obrado así son destinados a engrosar las filas de los «pueblos prehistóricos».

Como ocurre cada vez que se abstrae una realidad, el concepto resultante es más simple que aquélla. Durante mucho tiempo han coexistido —coexisten hoy— «pueblos históricos» y «pueblos prehistóricos», unidos o separados por los relatos que los primeros nos proporcionan de los segundos.

Estas categorías no son inmutables. Los continuos avances de la investigación van produciendo un cada vez más frecuente deslizamiento de etnias o culturas hacia la categoría histórica de nuestra concepción del pasado; y los descubrimientos no se fundamentan necesariamente en nuevos hallazgos, sino que, muchas veces, se sustentan en una mejor comprensión de la documentación ya existente.

El México prehispánico, la vasta área cultural que conocemos con el nombre de Mesoamérica, entra de lleno en esta dinámica.

Su estudio ha sido realizado merced a los hallazgos arqueológicos y a los informes proporcionados por aquel «pueblo histórico» que estableció contacto con ellos: los castellanos...

La existencia de un sistema desarrollado de escritura —lo que los incluiría automáticamente en el grupo «histórico»— ha sido frecuentemente subvalorada, aduciendo falta de capacidad para reflejar fielmente relaciones y sentimientos.

Este desdén relativo entronca con temas de fábula: rechazamos la posibilidad por nuestra propia incapacidad de comprenderla, lo que no es argumento suficiente para negar la extraordinaria precisión y complejidad que alcanzaron.

«Todo lenguaje es un alfabeto de símbolos cuyo ejercicio presupone un pasado que los interlocutores comparten» (Borges, *El Aleph*, Seix Barral, 1983, 166).

Por ello, los estudios sobre textos antiguos no pueden limitarse a éstos. Las tentativas enfocadas a conseguir compartir ese pasado con los autores de las inscripciones son cada día más abundantes. La escritura maya lleva ya muchos años absorbiendo los esfuerzos de numerosos investigadores de todo el mundo, y nuestra comprensión de ella es aún deficiente pese a que los avances han sido espectaculares. En la misma línea se inserta el creciente interés que han recabado los códices mixtecos, como lo pone de manifiesto la dedicación exclusiva de un *simposium* en el último Congreso Internacional de Americanistas, en Manchester (1982), y el trabajo que hoy reseñamos.

Maarten Jansen ha comprendido muy bien la esencia del problema. El título de la obra (*Huisi Tacu*) significa «Arte de pintar o es-

cribir» en lengua mixteca, y el trasfondo del estudio es el Códice Vindobonensis Mexicanus I.

A partir de ahí, el autor toma la lectura del Códice como guía de una investigación que se resume en un supuesto básico (Cap. VI, volumen I: 381):

«Naturalmente, los autores de los Códices, confiando en la instrucción y experiencia de sus lectores, podían evocar en un simple y muy abreviado detalle toda una cantidad de datos, pensamientos y asociaciones.»

La adquisición de esa experiencia, a través de la instrucción, es la tarea que Jansen se propone cumplir para estar en condiciones de leer no sólo este códice, sino cualquier otro texto que participe de la misma tradición. Su trabajo constituye un importante aporte metodológico, de valor superior a la misma interpretación del libro que maneja, por su trascendencia.

El autor vivió largos períodos en la región de procedencia del Códice Vindobonensis, aprendiendo la lengua y realizando un auténtico trabajo de campo etnológico, que le proporcionara la base para reencontrarse con el pasado. Un estudio detenido de los topónimos, comparando con los que aparecen en códices nahuas le suministró una importante información sobre los métodos de escritura en Mesoamérica, los rasgos comunes de éste y la validación de las fuentes extrarregionales para la investigación sobre un lugar determinado.

Su planteamiento integral del estudio le llevó a tomar partido por el pueblo mixteco en sus problemas étnicos, cuestionándose la validez de la política indigenista tradicional, entrando en un controvertido campo que excede el cometido de esta reseña.

La lectura de *Huisi Tacu* es sumamente fructífera tanto para los especialistas en la Mixteca, como para todos los que estamos interesados en problemas similares en otras regiones, por su importante volumen de información y por la dosis de optimismo que inyecta en los que luchan con denuedo por desvelar las claves ocultas de esas escrituras que aún nos niegan el placer de su lectura.

JOSÉ LUIS DE ROJAS Y GUTIÉRREZ DE GANDARILLA.

BERDAN, FRANCES F.: *The Aztecs of Central Mexico: an imperial Society. Case studies in cultural anthropology.* Holt, Rinehart and Winston. New York 1982, 195 pp.

El estudio de las culturas mesoamericanas ha experimentado numerosas vicisitudes en los últimos años. Los descubrimientos que se han realizado en toda el área han cuestionado completamente las des-

cripciones que de la civilización mesoamericana se hacían. El radical giro de la cultura maya, a raíz del descubrimiento del carácter histórico de las inscripciones jeroglíficas, el desciframiento de los códices mixtecos, el hallazgo de las pinturas murales de Cacaxtla (Tlaxcala), o los recientes descubrimientos de edificios teotihuacanos en Tikal, han obligado a los investigadores a realizar un replanteamiento global.

Los *azteca* parecían haber quedado fuera de esta corriente. Su análisis mediante documentos escritos permitía una mayor continuidad, ya que no se producían novedades trascendentales. La arqueología se encargó, una vez más, de dar el impulso necesario, con el descubrimiento de la escultura de Coyolxauhqui en 1978, y el comienzo inmediato de los trabajos de excavación del Templo Mayor de México-Tenochtitlan.

Ya no pudo mantenerse más en vigor el uso de los viejos manuales. Los avances en el estudio etnohistórico de la cultura azteca debían coordinarse con los de la arqueología, y ofrecernos una visión general del postclásico del centro de México. La tarea era ardua. En cualquier momento un nuevo eslabón de la cadena de descubrimientos podía obligar a modificar sustancialmente el trabajo realizado.

Afortunadamente hoy tenemos la obra que estábamos esperando en nuestras manos. F.F. Berdan ha realizado un magnífico trabajo, en el que los *azteca* aparecen como una cultura viva, presentándonos los diferentes aspectos de su vida. Esta es la razón de que aparezca incluido en una serie etnográfica.

El equilibrio define la obra. No es la religión plagada de truculentos sacrificios humanos, ni el mítico período de la migración y la fundación de la ciudad de Tenochtitlan, quienes llevan la parte más importante del texto, sino la cultura como una entidad funcional, y todo ello en ese tono, realmente difícil de alcanzar, que atrae al neófito e interesa al especialista. Para ambos hay concesiones. Para los primeros (no olvidemos que el libro va orientado preferentemente a los estudiantes) se han traducido al inglés todas las citas, práctica infrecuente en los especialistas. La rigurosidad de las traducciones está asegurada, por cuanto son obra de la propia autora. Para los especialistas, se han conjugado las últimas investigaciones, entre las que debemos destacar las referentes a la propia capital *mexica*. Por primera vez aparece claramente en una obra de conjunto el carácter plenamente urbano de Tenochtitlan, en la que los agricultores jugaban un papel irrelevante. Ello obliga a Berdan a aventurarse por el espinoso camino de la actividad de la población, tema de suma importancia para la organización social y económica. El abastecimiento de alimentos y materias primas a la ciudad es abordado desde los dos puntos de vista en que es estudiado: el etnohistórico, con Edward

Calnek a la cabeza, y el arqueológico, representado por Jeffrey Parsons. El mercado recibe el tratamiento que merece, y figura como el gran centro redistribuidor alrededor del cual gira la vida de las ciudades.

Todo esto ha aparecido con anterioridad en revistas especializadas, pero debemos a este manual el que se ponga al alcance de todo el mundo. En cierta medida supone la tala de árboles como el sacrificio humano y el canibalismo, que impedían contemplar a los *azteca* como un pueblo más, en el que el hombre podía prosperar desempeñando correctamente sus funciones, y en el que la riqueza, cómo no, jugaba un papel importante.

Todos los lectores interesados tienen acceso ya a la vida de un pueblo, que con sus particularidades, tuvo los defectos y virtudes que adornan a todas las sociedades humanas.

*The Aztecs of Central Mexico* nace con la vitola de un clásico en la literatura antropológica, constituyendo una obra de obligada referencia. Un libro que todos habríamos estado orgullosos de escribir.

José Luis DE ROJAS Y GUTIÉRREZ DE GANDARILLA.

JENNINGS, Gary: *Azteca*. Ed. Planeta, Barcelona 1980, 866 pp.

La obra de Laszlo Passuth, *El dios de la lluvia llora sobre México* ha constituido durante muchos años la gran novela del pasado mexicano y de la epopeya de la Conquista. El objetivo que Jennings se propone con la obra que hoy comentamos es completamente distinto, y el autor alcanza un notable éxito en su empeño.

El planteamiento de la novela no es nuevo, y está basado en hechos reales: el rey de España, deseoso de conocer lo más posible sobre la vida en sus nuevos dominios, encarga a un grupo de frailes que realicen averiguaciones sobre el pasado indígena de la Nueva España. Los celosos evangelizadores, que investigaban este mismo tema para conocer las prácticas religiosas y poder erradicar así más fácilmente la idolatría, toman como informante a un viejo señor *mexica* y le piden que les cuente su vida, sin omitir detalle.

La estructura de la obra se adecúa a la narración que Mixtli realiza. Cada capítulo es una sesión, y en ella se intercalan los diálogos que se producen entre los encuestadores y el informante. Mixtli es consciente del revuelo que parte de su narración causa en sus interlocutores, y por ello carga las tintas en temas tales como su vida sexual, con el consiguiente disgusto de los frailes.

La intención del autor es dar una visión propia de la vida en el México Prehispánico. Para conseguir abarcar los diferentes aspectos

que la compleja sociedad *mexica* le ofrece, se ve obligado a complicar extraordinariamente la vida de su protagonista. En algunas ocasiones esto resta verosimilitud a la historia, e incluso se ve obligado a realizar algún disloque temporal, como ocurre con la estancia de Mixtli en la corte de Texcoco, como protegido de Nezahualpilli. Ambos eran de la misma edad aproximadamente, y Jennings hace a Mixtli coetáneo de Huexotzincatzin, hijo del soberano de Texcoco. Igualmente Mixtli aparece como un jovencito en el episodio de la princesa Chalchiuhnetzin, cuando según la cronología que se desprende del libro tendría 32 años. Esta princesa era hija de Axayacatl, y no de Ahuitzotl, como figura en la obra.

Debemos considerar estos artificios como licencias poéticas necesarias para hilvanar una historia en la que se incluyan los acontecimientos novelescos que nos ha legado la historia *azteca*. El autor nos sorprende con un profundo conocimiento de la historiografía *mexica*, y una sutil comprensión de aquellos aspectos de la vida que las fuentes no revelan, todo ello sin alejarse de lo que llamamos «verdad».

La primera parte del libro se lee con gran agrado. El interés es creciente conforme avanzamos, pues la azarosa vida del protagonista nos hace desear conocer los nuevos derroteros que le están reservados al infatigable Mixtli. Algunos hitos van quedando en el camino, para ser repescados más adelante y desvelar sus motivos. Algunos de ellos se aproximan al suspense, como el tratamiento que se da al *Totocalli*, la «casa de las aves», donde se encontraba el zoológico de Motecuhzoma. Quien haya leído la novela no necesita mayor explicación, y quien no lo haya hecho agradecerá que no desvelemos el secreto. La brillantez está presente también en la relación que Mixtli mantiene con Chimali, su amigo de la infancia.

Con el envejecimiento del protagonista el ritmo decae. Esta impresión puede deberse a que el comentarista es un entusiasta de los *azteca*, y Mixtli realiza un largo viaje por el norte, visitando distintos pueblos. La ilusión por ver qué tratamiento se daba a la Conquista y de qué forma iba a intervenir el protagonista en ella, estimulaba el constante avance en la lectura.

Nuestra impresión es que la exclusión de algún episodio podía haber aligerado la obra. Las 866 páginas de la edición española imponen un esfuerzo de voluntad para comenzar la lectura, aunque una vez en marcha, ya no se pueda parar. No obstante, debemos respetar la voluntad del autor, que realiza un completo periplo por la geografía mexicana, describiendo todos los paisajes.

Algunas palabras sobre la terminología *nahuatl* son necesarias. El autor maneja un extenso y correcto vocabulario, pero presenta algunos defectos de morfología. No emplea la doble l, y casi todos los plurales son incorrectos, pues emplea para formarlos únicamente el sufijo

-*tin*. El *nahuatl* emplea media docena de formas diferentes para los plurales, y sólo lo hacen los nombres que se refieren a seres animados. Un ejemplo de esto lo constituye la frase que cierra el libro:

IN OTIN IHUAN IN TONALTIN NICAN TZONQUIÇA

que se traduce como «aquí terminan los caminos y los días». Ni camino ni día hacen plural, así que nosotros, modestamente, diríamos:

NICAN MOCHI OTLI, NICAN MOCHI TONALLI TZONQUIÇA

El éxito editorial de la obra se basa en su gran calidad. Como novela prende el interés, manteniendo un elevado nivel en el ritmo narrativo, y como divulgación histórica es de gran valor.

Deseamos que cuando ustedes hayan leído la última frase, hayan disfrutado con la lectura tanto como nosotros lo hemos hecho.

José Luis DE ROJAS Y GUTIÉRREZ DE GANDARILLA.